

tuoso, de fresco verdor! ¡Y esas graciosas y virtuosas damas, coronadas, con perfumes de simpáticas flores! A este espectáculo embriagador mis ojos se ofuscan y mi voz enmudece. Cuando, entre tantas estrellas, mis miradas se elevan hacia una que brilla en el deslumbrante cielo, mi espíritu cerrado á otra imagen alguna, se concentra y se absorbe en piadosa adoración. De improviso, muéstrase á mis ojos una fuente maravillosa que mi espíritu contempla, lleno de asombro, y bebe en su manantial voluptuosidades divinas que inundan el corazón de inefables dulzuras... ¡No permita el cielo que yo os deje enturbiar esta fuente, ni manchar su origen con temeraria obra! Antes vivir en la adoración y el sacrificio, antes verter con gozo la última gota de sangre de mi corazón... Nobles oyentes: estas palabras os dicen cómo comprendo la más pura naturaleza del amor.

CABALLEROS Y DAMAS (con muestras de aprobación).—¡Eso es amor! ¡así es! ¡loor á tu canto!

TANNHAUSER (que al terminar el canto de Wolfram se ha estremecido como si despertara de un ensueño, levántase rápidamente).—¡También yo, Wolfram, también yo tengo derecho á felicitar me de contemplar lo que has visto! ¿Quién podría no conocer esa fuente? Yo proclamo en voz alta su virtud; mas no puedo acercarme á su nacimiento, sin arder en deseos; no puedo evitar mi sed ardiente y aplico á ella sin temor mis abrasados labios. Bebo á grandes sorbos mil voluptuosidades, sin mezcla alguna de terror pusilánime, pues la fuente es inextinguible al igual que mi deseo. Ojalá su fuego arda eternamente, para que eternamente mi sed se calme en ese manantial. Así comprendo yo, Wolfram, en su verdad, la naturaleza del amor.

(Isabel se dispone á aplaudir, pero al ver que todos los oyentes guardan grave silencio, se contiene tímidamente).

WALTHER DE LA VOGELWEIDE (levantándose).— Mi espíritu contempla, en su clara luz, la fuente que Wolfram ha mentado; pero tú, Enrique, tú que por ella te has abrasado en ardiente sed, no la conoces. Oye mis palabras, presta atención á mis lecciones: la fuente es la virtud, la virtud misma. Debes honrarla con fervido corazón, y sacrificarte en loor de su divina transparencia. Pero si acercas tus labios al manantial para calmar tu osada sed, aun cuando sólo rozaras la superficie, perdido queda para siempre su maravilloso poderío. Si quieres beber en la fuente refrigerante paz, no con los labios, sino con el corazón has de beber.

LOS OYENTES (aplaudiendo entusiasmados).—¡Hurra! ¡Walther! ¡Gloria á tu canto!

TANNHAUSER (levantándose con viveza).—¡En tu canto, Walther, desfigurás al amor! No extralimitándose de esa tímida languidez, en breve acabaría el mundo. ¡Para glorificar á Dios en las sublimes alturas, alzad vuestras miradas al firmamento, levantadlas hacia las estrellas! ¡Adorad esas maravillas, ya que no os es dado comprenderlas! Pero lo que se doblega á vuestro tacto, lo que vuestro corazón y vuestros sentidos pueden alcanzar, lo que, producido de la misma materia que vosotros, une con las vuestras sus dúctiles formas, atreveos á gozarlo, movidos por sabroso aguijón. Del amor, sólo conozco el goce.

(Profunda agitación entre los oyentes).

BITEROLF (levantándose con impetuosidad).— ¡Ea! ¡apréstate al combate! ¿Quién oiría con calma tus discursos? Si tu presunción lo consiente, presta, blasfemo, el oído á nuestras palabras. Cuando el noble amor me inspira, infunde el valor en mis armas; para preservar este amor de toda injuria, vertería yo con orgullo hasta la última gota de mi sangre. Con mi espada de caballero lidiaré siempre en honor de las mujeres y de su excel-

sa virtud; y lo que á ti te ofrece goce, es vil plácer que no vale una estocada.

LOS OYENTES (aplaudiendo tumultuosamente).— ¡Honra á Biterolf! ¡Toma, he aquí nuestra espada!

TANNHAUSER (adelantándose con creciente exaltación).— ¡Ah! ¡Biterolf! ¡fanfarrón delirante! ¿tú, necio, cantas al amor? No, en verdad; nada comprendes de lo que me parece digno de ser amado. ¡Pobre caballero! ¿qué deleite puedes tú haber saboreado? Tu vida no ha conocido el amor, y de los goces que te ha dado ninguno valía una estocada.

(Agitación creciente entre el auditorio).

CABALLEROS (de diferentes lados).— ¡No le dejéis acabar! ¡castigad su temeridad!

LANDGRAVE (á Biterolf que desenvaina la espada).— ¡Envainad el acero! ¡cantores, haya paz!

WOLFRAM (se levanta, poseído de noble indignación).— ¡Cielo, sé propicio; inspira y santifica mi canto! ¡haz que el crimen huya lejos de esta noble asamblea! ¡Sublime amor! ¡conságrete mi canto un himno inspirado á ti que, bajo los divinos rasgos de un ángel, penetraste en mi alma! ¡Te acercas, mensajero celeste, y yo te sigo á encantadoras lontananzas, guiándome así á regiones donde tu estrella irradia eternamente!

TANNHAUSER (en el colmo del entusiasmo).— ¡Diosa del amor! á ti celebra mi canto. Glorificada seas por mi voz. Tu gracia divina es fuente de toda beldad, y las más encantadoras maravillas obra tuya son. Quien te estrechó en sus brazos en ardoroso lazo sabe qué es amor; nadie, sino él, puede saberlo. ¡Pobres mortales, que nunca conocisteis el amor! ¡Partid, corred á la montaña de Venus!

(Explosión general de terror).

TODOS.— ¡Ah! ¡maldito; apartaos de él! ¿lo oís? ¡ha estado en el palacio de Venus!

LAS DAMAS.— ¡Alejaos, huíd de su contacto!

(Aléjanse consternadas con ademanes de horror. Únicamente Isabel, que ha seguido los varios incidentes de la escena con angustia creciente, queda rezagada, pálida, esforzándose en permanecer en pie, apoyándose en una de las columnas del dosel. El landgrave, los caballeros y los cantores, abandonan sus asientos y se reúnen en grupo. Tannhauser, retirado á la izquierda, permanece aún largo tiempo inmóvil como arrobado en éxtasis).

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.— ¡Ya lo oís-teis! Sus impúdicos labios lo confesaron. Compartió los placeres del infierno; ha estado en el palacio de Venus! ¡Horror! ¡infamia! ¡maldición! ¡Sea precipitado, de nuevo, en el infernal pantano! ¡Maldito, condenado sea!

(Lánzanse todos, espada en mano, sobre Tannhauser, que parece retarlos. Isabel se precipita entre ellos, con grito desgarrador, y con su cuerpo cubre á Tannhauser).

ISABEL.— ¡Deteneos!

(A su vista detiéndense todos estupefactos).

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.— ¿Qué es eso? ¡Isabel, la casta doncella abogando por el pecador!

ISABEL.— Atrás, ó dadme una muerte que desprecie. ¿Qué vale la herida de vuestro acero contra el golpe mortal que me ha inferido él?

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.— ¡Qué oigo! ¡Isabel! ¿tanto se dejó cegar tu corazón, que hasta te opones al castigo de quien te ofendió con traición tan horrible?

ISABEL.— ¿Se trata de mí, acaso? No; sino de él, de su salvación. ¿Queréis robarle la salvación eterna?

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.— Desechó toda esperanza, ¡nunca logrará alcanzar su salvación! ¡Sobre él cayó la maldición celeste; muera en su crimen!

(Adelántanse de nuevo hacia Tannhauser).

ISABEL.— ¡Alejaos! ¡no sois jueces! ¡cruces!

¡lanzad el acero furioso, y oíd los acentos de una niña! Escuchad, por mi voz, la voluntad de Dios. Este pecador, encadenado por temible hechizo ¿ha de verse condenado á no obtener jamás su salvación por el arrepentimiento y la expiación en este mundo? Vosotros, tan firmes en la verdadera fe, ¿desconocéis hasta este punto los decretos del Todopoderoso? Vosotros, que queréis arrebatrar la esperanza al pecador, decid: ¿qué mal os hizo? Mirad á la joven cuyo corazón ha tronchado con inesperada herida, y que le amaba con profundo amor; ahora ruega por él, implora por él á fin de que arrepentido se incline á la penitencia y recobre la confianza y el ánimo de creer que un día el Salvador sufrió también por él.

TANNHAUSER (repuesto gradualmente de su exaltación, y conmovido por el ruego de Isabel, dobla la cabeza, abrumado de dolor).—¡Desventurado! ¡Desdichado de mí!

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES (calmándose y conmovidos).—Un ángel ha descendido del luminoso éter para proclamar el santo decreto de Dios. Contempla, traidor infame, considera en tu alma la magnitud de tu crimen. Le has dado muerte, y ruega por tu vida; ¿seremos sordos á su angélica súplica? Aunque tuviésemos el derecho de no perdonar al culpable, no podemos resistir á la voz del cielo.

TANNHAUSER.—Para condenar al pecador á su salvación, la mensajera celeste ha descendido á mí; ¡mas ¡ay! para mancillarla con un deseo criminal, fijé en ella una mirada impía! Oh tú, elevado por encima de estos abismos terrestres, tú que me enviaste el ángel de salvación, ten piedad del pecador, encenagado en el crimen, que vergonzosamente desconoció á la mediadora celeste.

LANDGRAVE (después de una pausa).—Se ha cometido un crimen atroz; un hijo maldito del pecado se deslizó entre nosotros, bajo hipócrita más-

cara. Te desterramos lejos de aquí; no puedes permanecer á nuestro lado; nuestro hogar se mancilla con tu presencia y el cielo mismo lanza amenazadoras miradas á este techo que te abrigó tanto tiempo ya. Un camino te queda para salvarte de la eterna ruina; al rechazarte de aquí, voy á indicártelo, ¡empréndelo! De distintos puntos de mis dominios se ha congregado gran número de peregrinos penitentes; los más ancianos han partido ya; los más jóvenes se encuentran aún en el valle. Y aun cuando sobre su conciencia sólo pesan faltas leves, acuden religiosamente á Roma para la fiesta del perdón general.

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.—Vé con ellos en romería, á la villa misericordiosa; y allí, humillando en el polvo la frente, rescata tu crimen! Prostérnate á los pies del Vicario de Dios, y no regreses sin haber obtenido su bendición. Aunque nuestra venganza ha cedido á la intervención de un ángel, nuestro acero sabrá alcanzarte si permaneciese en oprobio y pecado.

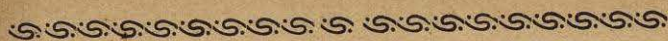
ISABEL.—¡Permítele llegar á ti, Dios de gracia y misericordia! ¡otorga la remisión de sus pecados! Por su bien te imploro, mi vida será incesante plegaria; ¡haz que brille á sus ojos la luz, sacándole de su eterna noche! ¡Acepta, en cambio, el sacrificio voluntario de una vida, que ya no me pertenece!

TANNHAUSER.—¿Cómo alcanzar perdón, cómo expiar mi crimen? He visto zozobrar de repente mi salvación; la misericordia celeste me abandona. Quiero tomar parte en la religiosa romería, quiero golpearme el pecho, prosternarme en el polvo, bañarme en contrición. Sea reconciliado el ángel de mi angustia, el ángel criminalmente ultrajado, que se ofrece en sacrificio por mi redención.

CANTO DE LOS JÓVENES PEREGRINOS (en el fondo del valle).—¡En la fiesta del santo jubileo, expiad humillados vuestras culpas! Bendito el hombre fiel

en la fe; la penitencia y el arrepentimiento le salvaron.

TODOS (escuchando conmovidos el canto, mientras Tannhauser, transfigurado repentinamente por un rayo de esperanza, sale con rápido paso).—¡A Roma! ¡A Roma!



ACTO III

El valle de Wartburgo.—A la izquierda, el Herselberg, como al final del acto primero, pero con los matices del otoño.—Declina el día.—En la colina, á la derecha, ante una imagen de la Virgen, Isabel arrodillada, orando con fervor.—Wolfram, descendiendo de la altura cubierta de árboles, se detiene al percibir á Isabel.

ESCENA PRIMERA

WOLFRAM.—Ya sabía que la encontraría rezando, como siempre que, desde lo alto de las colinas, bajo al valle. Llevando en su corazón la muerte que recibió de él, prosternada en fervientes plegarias, implora noche y día su salvación: ¡eterno hechizo de un amor santo! Espera que los peregrinos regresen de Roma. Ya los árboles se despojan de sus hojas; no tardará el regreso: ¿vendrá él con los perdonados? Tal es la pregunta, tal el voto que ella dirige al cielo. ¡Haced, santos clementes, que sea cumplido! ¡Si la herida debe quedar siempre abierta, dulcifíquela al menos un bálsamo!

(Va á proseguir su camino, cuando al oír el canto de los peregrinos ancianos, se detiene).

ISABEL (levantándose, atenta al canto).—Es su canto; son ellos; ya vuelven! Santos del cielo, dictadme mi deber y dadme fuerzas para llenarlo dignamente.

WOLFRAM.—Son los peregrinos, es la piadosa melodía que anuncia el perdón obtenido. ¡Oh cielos! ¡fortaleced su corazón, pues este instante va á decidir de su vida!

CANTO DE LOS ANCIANOS PEREGRINOS (van apareciendo éstos por la derecha del proscenio, y siguiendo á lo largo el valle hacia Wartburgo, desaparecen, por fin, en el recodo que forma la montaña del fondo).—¡Momento de ventura! ¡al fin vuelvo á contemplarte, amado valle, y saludo con júbilo tus gratas campiñas! Descanse ahora el cayado de peregrino, porque, fiel á Dios, terminó la romería. Por la penitencia me he reconciliado con el Señor á quien mi corazón adora, y cuyas alabanzas canta mi voz. Alcanzada la gracia por el penitente, compartirá un día la paz de los bienaventurados! El infierno y la muerte no le atemorizan. Por ello alabaré al Señor todos los días de mi vida. ¡Aleluya en la eternidad! ¡aleluya!
(Desde lo alto de la colina, Isabel ha buscado con la mirada á Tannhauser entre la procesión de peregrinos. El canto va extinguiéndose por grados. Se pone el sol).

ISABEL (en actitud dolorosa, pero tranquila).— ¡No regresa! (Arrodillándose.) ¡Virgen poderosa, oye mi suplicante voz! ¡A ti invoco, Virgen bendita! ¡Sácame ¡ah! sácame de esta tierra! ¡Haz que, pura como un ángel, pueda entrar mi alma en el cielo! Si alguna vez, esclava de insensato sueño, se apartó de ti mi corazón; si un criminal deseo, si un pensamiento mundano germinó en mí, he combatido con mil sufrimientos para ahogarlo en mi corazón. Y si no logré expiar mi falta entera, protéjame tu gracia á fin de que, con humil-



des saluciones pueda yo, Virgen pura, acercarme á ti á implorar el más vivo dón de tu gracia para él sólo, para borrar su falta.

(Permanece un momento en éxtasis, contemplando el cielo.

Después, levantándose lentamente, divisa á Wolfram que se ha ido acercando y la observa con profunda emoción. Al disponerse éste á dirigirle la palabra, hácele seña Isabel de que calle).

WOLFRAM. — ¿Me será permitido, Isabel, acompañarte?

(Isabel le manifiesta nuevamente, por gestos, el profundo reconocimiento que su afecto y su abnegación le inspiran; indícale que su senda la conduce al cielo, donde ha de realizar una obra santa, y que la deje andar sola, sin seguirla. Sube lentamente el sendero de la montaña, encaminándose á Wartburgo, donde por fin desaparece).

ESCENA II

WOLFRAM (después de seguir largo rato con la mirada á Isabel, se sienta al pie de la colina, coge el arpa, y tras breve preludio).— ¡Como presentimiento de muerte, las sombras de la noche cubren la tierra, envolviendo el valle con manto entulado; y el alma impelida por sus deseos á esas alturas, se estremece de angustia antes de emprender su vuelo á través de la obscuridad y del horror! Entonces, apareces tú, estrella divina, lanzando del fondo del cielo tu suave luz; tu dulce rayo entreabre la sombra de la noche y muestra como amiga cariñosa, el camino que conduce fuera de la villa. ¡Ah, estrella de la noche! te saludo siempre con gozo. Y del fondo de este corazón que no le hizo traición jamás, saludala á tu vez, si la vieres volar lejos de este valle de lágrimas, en dirección á la morada de los bienaventurados ángeles.

Tomo II.—3

ESCENA III

(Ha anochecido. Sale Tannhauser, en traje de peregrino hecho girones; pálido el rostro y demudado, camina apoyado en su bastón, con fatiga y vacilante).

TANNHAUSER.—He oído los acordes de un arpa: ¡tristes eran sus sonidos!

WOLFRAM.—¿Quién eres tú, peregrino solitario?

TANNHAUSER.—¿Quién soy? ¿no me conoces? tú eres Wolfram, el insigne cantor.

WOLFRAM.—¡Eres tú! ¿qué te trae á estos muros? Habla: ¿te atreves, sin estar absuelto, á dirigir tus pasos hacia estas regiones?

TANNHAUSER.—No temas, mi buen cantor. Ni te busco á ti, ni á ninguno de tus compañeros. Busco á un hombre que me enseñe el camino, aquel camino que en otro tiempo encontraba yo con tanta facilidad.

WOLFRAM.—¿Qué camino?

TANNHAUSER (con sensualidad siniestra).—¡El del palacio de Venus!

WOLFRAM.—¡Horror! ¡no mancilles mis oídos! ¿qué potencia enemiga te impele á este sitio?

TANNHAUSER.—¿No conoces tú ese camino?

WOLFRAM.—¡Insensato! ¡me horripila el oírte! ¿dónde has estado? dí ¿no fuiste á Roma?

TANNHAUSER (con furor).—¡No hables de Roma!

WOLFRAM.—¿No asististe á la santa solemnidad?

TANNHAUSER.—¡No hables de esa fiesta!

WOLFRAM.—¿No estuviste allí? ¡habla! ¡te lo ruego!

TANNHAUSER (amargamente).—Sí, he estado en Roma.

WOLFRAM.—¡Habla, desventurado! Cuéntame tu viaje. Me inspiras la más profunda compasión.

TANNHAUSER (después de contemplar largo rato á Wolfram, con emoción mezclada de sorpresa).—¿Qué dices, Wolfram? ¡cómo! ¿no eres enemigo mío?

WOLFRAM.—Nunca lo fuí, mientras te creía fiel y puro. Pero dime, ¿no has ido en romería á la Ciudad Santa?

TANNHAUSER.—¡Sí! Oye; vas á saberlo todo. (Siéntase, extenuado, al pie de la colina. Wolfram quiere sentarse á su lado.) ¡No! ¡lejos de mí! ¡El sitio que yo ocupé está maldito! Oyeme, Wolfram, oye mi relato. (Wolfram permanece de pie, á corta distancia de Tannhauser.) Lleno de fervor, busqué el camino de Roma. ¡Un ángel ¡ay! había desarraigado de este corazón presuntuoso el orgullo del crimen! Quería expiar este orgullo en la humildad, quería implorar la salvación rehusada para dulcificar á ese ángel la amargura de las lágrimas que vertiera por mí, pobre pecador. El camino que tomaba á mi lado el más contrito de los peregrinos, parecíame demasiado suave; cuando él hollaba el blando césped de las praderas, buscaba yo las piedras y las ortigas para sentar en ellas mis desnudas plantas; cuando él refrescaba sus labios en la fuente, bebía yo en los ardientes rayos del sol; cuando él dirigía piadoso al cielo sus plegarias; vertía yo mi sangre en holocausto al Todopoderoso; mientras en la posada hallaban albergue los viandantes, tendía yo los miembros sobre la nieve y el hielo. Cerrando los ojos ante el espectáculo de sus maravillas, he recorrido como un ciego las encantadoras llanuras de Italia; esto hice, deseando, contrito y quebrantado, aniquilarme por la penitencia para dulcificar el llanto de mi ángel bueno. Llegué á Roma junto á la Santa Sede; prosternéme orando al dintel del Santuario; amaneció; doblaron las campanas, resonaron celestes cantares; el mundo, en el fervor de su júbilo, estremeciéndose de alegría, esperando la gracia y la salvación ofrecidas. Vi á aquel que representa á Dios en la tierra; todos los fieles hincaron ante él la rodilla en el polvo; víle otorgar el perdón á millones de pecadores, indi-

cándoles luego que se levantasen absueltos y gozosos. Después me acerqué; inclinada la frente al suelo, acuséme, golpeándome el pecho, de las criminales voluptuosidades que sedujeron mis sentidos, del deseo que ninguna mortificación había apaciguado aún; le imploré, le rogué que me libertase de estos lazos abrasadores, y él me dijo: «Si compartiste el criminal deleite, si inflamaste tu corazón en el fuego del infierno, si estuviste en el palacio de Venus, condenado estás sin remisión. Así como este báculo que en mi mano ves, ya no volverá á adornarse de fresco verdor, así tú, en la infernal hoguera, no verás ya florecer para ti la salvación.» A estas palabras caí sin sentido, anonadado, exánime. Al volver en mí, la noche cubría la desierta plaza. Llegaban de lejos á mis oídos, gozosos cantos en acción de gracias; aquellos cantos me llenaron de horror. ¡Huyendo de ese himno de la falaz promesa, que penetraba en mi alma con el frío del hielo, alejéme delirante, espantado, y me vi impelido al lugar donde tantas delicias y tantas voluptuosidades había gozado! ¡A ti vuelvo, pues, oh tierna Venus; á ti me atrae el hechizo de tus encantadoras noches; á tu corte voy, donde tu belleza me sonríe por toda una eternidad!

WOLFRAM.—¡Detente! ¡detente! ¡infortunado!

TANNHAUSER.—¡No permitas que te busque en vano! ¡ah! ¡con qué facilidad te encontraba yo antes! Ya lo oyes: los hombres me maldicen; guía tú ahora mis pasos, ¡oh diosa!

WOLFRAM.—¿A quién invocas, insensato?

(Una ligera nube va cubriendo por grados la escena).

TANNHAUSER.—¡Ah! ¿no sientes soplos más suaves?

WOLFRAM.—¡Sígueme! ¡estás perdido!

TANNHAUSER.—¿No aspiras más deliciosos perfumes? ¿no oyes esos mágicos acentos?

WOLFRAM.—¡Me estremezco de horror!

TANNHAUSER.—¡He aquí el coro de las ninfas danzantes! ¡corramos á los placeres, á la voluptuosidad!

(A través de la nube transparente, despuntan rosados resplandores, y percíbense entre nubes los confusos movimientos de las ninfas).

WOLFRAM.—¡Maldición! ¡funesto hechizo! ¡es el infierno con sus furores!

TANNHAUSER.—La embriaguez invade mis sentidos; reconoce tan dulces resplandores; es el imperio encantado del amor; estamos en el palacio de Venus.

(En la claridad de la rosada luz, se distingue á Venus tendida en un lecho).

VENUS.—¡Bienvenido seas, infiel mortal! ¿te hirió el mundo de anatema? ¿acudes, por fin, á mis brazos, no hallando compasión en la tierra?

TANNHAUSER.—¡Venus! ¡soberana rica en piedad, á ti, á ti me siento llamado!

WOLFRAM.—¡Desvanécete, hechizo infernal! ¡no extravíes el espíritu de un corazón puro!

VENUS.—Ya que vuelves á mis dominios, perdonada sea tu presunción; mane sin cesar para ti la fuente de los placeres; sé mío por toda la eternidad.

TANNHAUSER.—Desvaneciósese mi salvación; ¡á mí, para siempre, los goces del infierno!

WOLFRAM (reteniéndole con fuerza).—¡Dios omnipotente, asiste á tu siervo! ¡Una palabra de contrición, Enrique, una palabra, y te salvas!

VENUS.—Ven á mí.

TANNHAUSER (á Wolfram).—¡Suéltame!

VENUS.—¡Ven! ¡sé mío para siempre!

WOLFRAM.—¡Enrique! ¡aun puedes alcanzar tu salvación!

TANNHAUSER.—Jamás, Wolfram, jamás; he de seguirla.

WOLFRAM.—Un ángel oró por ti en la tierra; en breve volará por el éter bendiciéndote: ¡Isabel!

(Tannhauser, que ha logrado desasirse de Wolfram, queda como herido del rayo é inmóvil, en el mismo sitio).

CANTO DE HOMBRES (en el fondo).—Paz y salvación para el alma que acaba de salir del piadoso cuerpo de la mártir.

WOLFRAM (al oír este canto).—¡Tu ángel ruega por ti ante el trono de Dios! ¡su plegaria es acogida! ¡estás salvado, Enrique!

VENUS.—¡Maldición! ¡le perdí!

(Desaparece, y con ella toda la escena encantada.—El valle reaparece, iluminado por los rayos de la aurora.—Sale de Wartburgo el cortejo fúnebre, conduciendo un féretro abierto).

CANTO DE HOMBRES.—Ha alcanzado la felicidad, patrimonio de los ángeles, sublime corona de los celestes goces.

WOLFRAM (abrazando tiernamente á Tannhauser).—¿Oyes ese canto?

TANNHAUSER.—¡Sí!

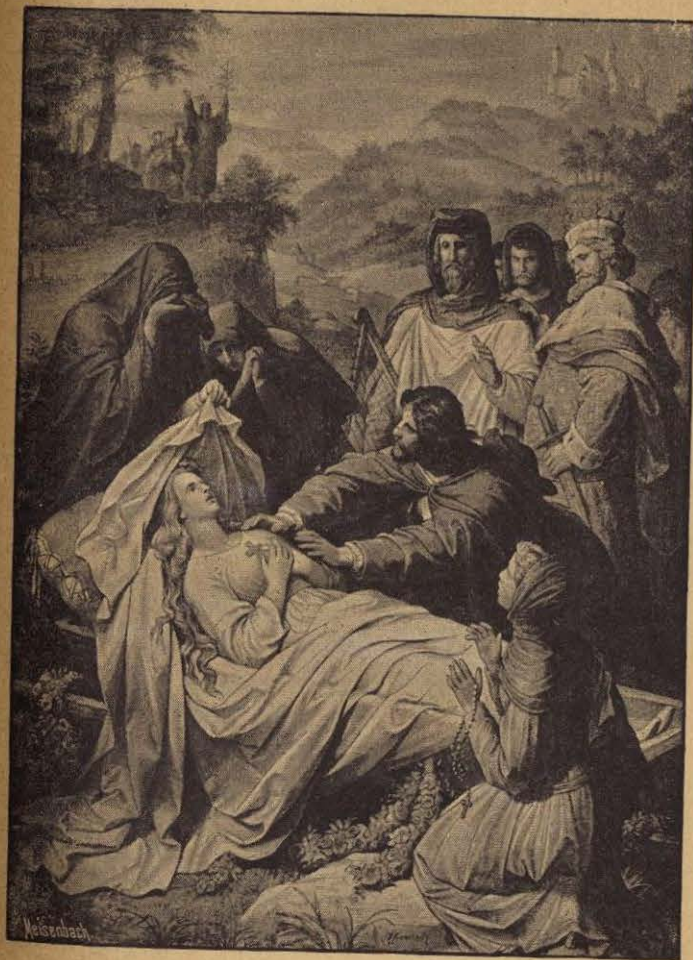
(En este momento el cortejo se adelanta al fondo del valle; los ancianos peregrinos preceden el féretro donde yace el cadáver de Isabel llevado por cuatro nobles caballeros en traje de caza; á sus lados van el landgrave y los cantores, siguiendo, después, los condes y los señores).

CANTO DE HOMBRES.—¡Feliz la virgen pura que, reunida al celeste coro, goza de la presencia de Dios! ¡Feliz el pecador por quien ella lloró, y por quien implora la gracia celeste!

(A una señal de Wolfram depositan el féretro en el centro de la escena; Wolfram conduce junto al cadáver á Tannhauser, que al llegar cae desplomado).

TANNHAUSER.—Santa Isabel, ruega por mí.
(Muere).

LOS JÓVENES PEREGRINOS (con los cayados floridos y cubiertos de hojas, costeano la montaña).—¡Salve oh maravillas de la gracia, salve! ¡La redención es ya patrimonio del mundo! En la santa hora de la noche, el Señor se ha revelado por



un milagro, el cayado seco, en manos del pastor, se ha ornado de frescas flores. Así, entre las llamas del pecado, debe reverdecer para el pecador la redención. Proclamadlo en todas las regiones para avisar á aquel á quien este milagro anuncia la gracia. Dios es superior á todo lo creado, y su misericordia, infinita. ¡Aleluya! ¡aleluya! ¡aleluya!

Todos (profundamente conmovidos).—¡El pecador ha recibido el dón de gracia y goza actualmente de la paz del cielo!

FIN DE TANNHAUSER